

No equivale este raciocinio a prejuzgar que todo ultramontano (para servirme del lenguaje de los Canónigos) objete necesariamente las reservas y que todo jansenista las favorezca. Ya anticipamos que pueden existir razones de legislación positiva que circunscriban la discusión a los lindes meramente canónicos. Lo que queremos asentar es que la íntima trabazón de las ideas así lo exige, y la historia lo confirma, pues ella nos enseña que, a medida que se afianzaba la soberanía romana en su lucha contra las fuerzas centrifugas del galicanismo y jansenismo, se consolidaba la idea de que los Vicarios Capitulares habían de gobernar sin limitación alguna y que sólo podían ser depuestos por la Silla Apostólica.

Los Manuscritos del Mar Muerto

Por el Pbro. DR. JORGE MEJÍA

THE DEAD SEA SCROLLS OF ST. MARK'S MONASTERY

Volume I, *The Isaiah Manuscript and the Habbakuk Commentary* (reproducción fotográfica y transcripción), The American Schools of Oriental Research (Millar Burrows, John C. Trever, William H. Brownlee), New Haven, 1950.

Volume II, Fascicle 2, *Plates and transcription of the Manual of Discipline*, ibidem, 1951¹.

Nunca se agradecerá bastante a las American Schools el haber hecho accesible a los especialistas del mundo entero el texto mismo de los ya famosos manuscritos del Mar Muerto. La calidad de la edición es tal que se puede decir sin exageración que cada uno de nosotros disfruta de un contacto personal con el texto manuscrito, sin haber tenido nunca la oportunidad de tenerlo entre manos. Y no es indiferente tampoco el hecho de que la ansiada edición, aun parcial, ha aparecido en el mínimo de tiempo indispensable para una presentación decorosa—y a un precio increíblemente bajo (\$ 5 USA el vol. I; \$ 2 el fasc. 2 del vol. II, menos el 15 % para los socios de las American Schools). Es inútil ponderar que estas dos condiciones no suelen ser, ni cada una de por sí ni ambas a dos, privilegio de las ediciones de este tipo. No nos queda más que desear la pronta aparición de lo que falta publicar: el fasc. 1 del vol. II, que debe contener el llamado Apocalipsis de Lamék, y el vol. III, destinado a traducciones y comentarios. Digamos aquí de paso, ya que nos referimos al tema, que nuestra curiosidad acerca del misterioso Lamék arameo y nuestra esperanza de poseerlo en breve están siendo sometidas a dura prueba: el año 53 comienza a adelantar

¹ Abreviaturas más usuales: BASOR: Bulletin of the American Schools of Oriental Research. VT: Vetus Testamentum, Quarterly published by the International Organization of Old Testament Scholars (Leiden 1951 ss.). TM: texto masorético. BH3: la edición de ese mismo texto preparado por R. Kittel, P. Kahle, A. Alt. O.Eissfeldt (Stuttgart 1945). Ms., mss.: manuscritos.

sin que tengamos noticia de que la edición progresa. Comprendemos harto bien que la culpa no cae sobre los heroicos responsables, sino en todo caso sobre el difícil y exigente Archimandrita, el cual, conforme a una información de BASOR (N.º 124, p. 3) habría declarado caducado el período concedido a las Schools en el contrato de edición, sin atender mayormente a las dificultades técnicas que presenta la apertura y preparación del manuscrito. Confiamos en que esta situación no se prolongará indefinidamente y que la solución vendrá de alguna parte, pero confesamos con ingenuidad que el retraso nos inquieta. El otro lote de mss., en poder de la Universidad Hebrea, no conoce mejor suerte: su editor, el ilustre profesor Eliezer Sukenik, acaba de morir (febrero 1953) y por consiguiente la publicación ha quedado suspendida.

El volumen I consta de 23 (XXIII) páginas de introducción y de 61 planchas fotográficas con la transcripción del texto al frente en escritura hebrea moderna. De estas planchas 54 (LIV) corresponden a otras tantas columnas del rollo DSIa (en la notación de los editores), y las 7 restantes (LV-LXI) cada una a dos columnas del midrash de Habacuc (DSH) dispuestas horizontalmente. (Las hojas del ms. DSH son mucho más pequeñas que las del DSIa). El fascículo 2 del volumen II contiene hasta ahora nada más que las 11 planchas del llamado Manual de Disciplina (DSD) con la correspondiente transcripción.

En ambos volúmenes la transcripción sigue fielmente la alineación, separación y general disposición del texto. Las lagunas de éste son indicadas por corchetes. Las letras ilegibles o muy dudosas por puntos. Las correcciones del propio ms. son transcritas con todo rigor en cuanto se refiere al exacto lugar de la corrección en el texto; a veces, cuando la corrección abarca toda una línea (como en la plancha XXVIII), con un tipo más pequeño de letra. Ciertos signos ajenos al texto y otras particularidades secundarias han sido omitidas (cf. General Introduction, p. XII).

Los editores advierten lealmente (ibidem) que en un caso entre todos la transcripción no se funda solamente en el texto manuscrito. Este caso es el de las letras waw y yod. Según los editores, en DSIa las dos letras tienen formas bien distintas pero son en general² usadas la una por la otra indistintamente. En DSH las formas mismas coinciden. (En DSD son otra vez distintas). Para resolver la dificultad práctica que esto plantea se recurrió al criterio siguiente: en Isaías y las citas bíblicas del midrash de Habacuc seguir el TM, excepto en los casos en los que las madres lectionis indicaban claramente otra lectura; en la parte expositiva (o no bíblica) del midrash optar por la lectura que pareciera mejor con un valor estrictamente provisorio — salvedad que se aplica también, por supuesto, a la excepción anterior.

Este criterio no ha sido aceptado por los críticos. Los primeros revisores de la edición notaron que, en varios casos, el resultado así obtenido no hacía justicia a diferencias entre el TM y los manuscritos del Mar Muerto que importaba sobremanera retener. El primero en observar esto, acerca de los nombres asirios citados por Isaías, fué el P. D. Barthélemy en la Revue Biblique LVII (1950) p. 530-549. Contemporáneamente, el sabio judío H. Yalon anunció que había descu-

² En general, porque ellos mismos admiten excepciones; cf. p. XII de la Introduction, nota 2.

bierto una regla fija que permitiría identificar las dos letras en algunos casos; por lo menos: DSIa, a diferencia del TM, no escribe yod como mater lectionis antes de shewa quiescens o de dagesh forte; es decir, formas como YYSDW no figurarían en el ms. de Isaías a pesar de la transcripción (cf. Qiryat-Sepher XXVII, 163-176). Esta regla podría haber sido muy útil, si por desgracia la investigación posterior no hubiera descubierto algunas excepciones contra ella, las cuales, si no la invalidan del todo, por lo menos no autorizan su aplicación indiscriminada³.

Finalmente, Dewey B. Beegle a propósito de un estudio sobre «Proper names in the new Isaiah scroll», aparecido en BASOR 123 (oct. 1951), p. 26-30, asumió la tarea de examinar la cuestión de waw y yod con el mayor rigor posible. Sus resultados son considerados decisivos: el escriba de DSIa distingue ambas letras no sólo en la forma, sino también en el uso. Con todo, y aparte los casos que responden a la peculiar vocalización del ms., difiere del TM nada más que 61 veces para waw por yod y 53 veces para yod por waw (cifras aproximativas). Si se añade a esto que los casos dudosos se reducen a 66, se llega a la satisfactoria conclusión de que el ms., cuyo total de waw y yod es de 17.548 ocurrencias (cifra naturalmente aproximativa), ofrece un porcentaje de variantes mínimo, poco más del 1 %. Pero como además se demuestra que las tres cuartas partes de esas variantes son posibles en hebreo, resulta que el escriba es seguro en un 100 %.

Las consecuencias de esta demostración son muy importantes, y no pueden ser pasadas por alto en un comentario sobre la editio princeps de los mss. En primer término queda probado que el criterio elegido por los editores es inválido (al menos por lo que atañe a DSIa), y que por tanto, la transcripción debe ser corregida en muchísimos casos conforme a la fotografía del original. Los casos dudosos (waw o yod: 66) deben ser indicados como tales. No es pequeño mérito del primer responsable de la edición, el profesor Millar Burrows, el haber sin dilación aceptado esta nueva manera de ver y reconocido un «error de juicio» en su método de transcripción (cf. BASOR 124, dic. 1951, p. 18-20). Semejante honestidad científica no se encuentra todos los días, como se ha probado en la misma historia de los mss.

En segundo lugar, el grado de seguridad del escriba obliga a retener con sumo cuidado los casos en que se aparta del TM. Cuando quiere escribir waw, escribe waw, y cuando quiere escribir yod, escribe yod, por desconcertantes que sean los resultados. Así por ejemplo, DSIa ignora la forma masorética rinnah y escribe RWNH las nueve veces que figura la palabra, menos una donde está escrita «defective». Igualmente en el famoso texto onomatopéico 28, 10.13 el ms. tiene SY las ocho veces, contra TM, SW. En varios casos el sufijo pronominal masculino de tercera persona está escrito HY, es decir, con la forma que en TM corresponde al sufijo femenino (cf. 46,7 ter; 53,4; 55,6⁴; 62,9); la razón de esta anomalía parece ser la influencia de la lengua aramea.

³ Cf. los casos anotados por Elwyn R. Rowlands en VT. (1951), p. 226-229: Is. 13,16; 45,8 (en ambos casos la transcripción difiere del TM). Otro caso había sido consignado por el mismo Yalon: YYTWL en Is. 40,15, inserción posterior.

⁴ Aquí la transcripción tiene también HY contra su principio.

Finalmente, y éste es el objeto propio de la nota de Beegle, muchos nombres propios hebreos y extranjeros adquieren de repente una grafía nueva que responde mucho mejor que la del TM a la pronunciación original. Conviene citar, a título de ejemplo, el caso de Shebna', escrito tres o cuatro veces con waw (36,11 waw superscrito; 36,3.22; 37,2), lo cual supone una pronunciación Shubna' (abreviación de Shub-na-Yahu; vuelve te suplico, Yahweh) garantida por la transcripción neobabilónica Shubunuiama (pronunciado Shubnyaw) y por las formas de la versión griega; Sobnas-Somnas. El nombre Remaliah (TM) está escrito tres veces (7,1.5.9) con un claro waw, como en la transcripción de los LXX. Romeliou. Y los ejemplos podrían fácilmente ser multiplicados (cf. Beegle, ubi supra, p. 27-29).

De todo esto se desprende una importante conclusión acerca de las mutuas relaciones entre nuestro texto hebreo actual (el TM), antiguo de un milenio, y el nuevo ms. de Isaías. Es evidente que ambos representan dos tradiciones textuales ligera, pero firmemente diversas. No es el caso de examinar aquí el valor respectivo de una y otra — aunque cualquier estudio posterior del texto hebreo de la Biblia tendrá que hacer frente al problema. Notemos, sin embargo, de pasada, que las divergencias de DSIa aumentan considerablemente su interés en cuanto presenta formas, ya sea fonéticas o gramaticales, superiores a las del TM.

Otras críticas han señalado errores de transcripción que se pueden tener por inevitables, pero que conviene catalogar aquí para que sean rápidamente subsanados⁵. Netibim en Is 43,19 (TM Neharot) dió lugar a una serie de artículos y notas en varias revistas, unos a favor, otros en contra de la transcripción escogida⁶. El resultado fué que uno de los editores responsables (John C. Trever, previa nueva fotografía del pasaje y cuidadoso examen, vino a admitir que el texto tiene Netibot — como por lo demás siempre en DSIa (cf. col. 35, lín. 27; col. 48, lín. 8.18). Dos casos de he por het (7,21; 16,4, cf. corr. de BH3); tres casos de omisión de lamed (1,11; 6,2; 14,22 — el primero es discutible porque la letra está indicada por un punto conforme al principio de la edición; los otros dos son ciertos); y un caso de transcripción incompleta ('DH en 12,1 cuando el texto debía tener casi ciertamente 'WDKH, con sufijo plene scriptum como otras veces), amén de otras pequeñas confusiones, han sido indicadas por Elwyn R. Rowlands en el artículo citado de VT.

Probablemente se podrían descubrir y se descubrirán muchas imperfecciones más, y es bueno que se descubran, pero nada de esto empaña el lustre ni disminuye el mérito de la magnífica edición americana, gracias a la cual podemos leer en el silencio de nuestros cuartos de estudio la obra de un remoto escriba precristiano, oculta por dos mil años en una caverna de Palestina.

⁵ Burrows (BASOR 124, p. 19) ha prometido una lista de corrigenda para el tercer volumen.

⁶ Cf. P. A. H. de Boer, A Mistranscription, VT 1951, p. 68; John C. Trever, BASOR 121 (febr. 1951), p. 13-16; Harry M. Orlinsky, ib. (oct. 1951), p. 33-35; Isaac Rabinowitz, ib. (Dic. 1951), p. 29.

¿Un Arzobispo de Bogotá, Fundador de la Universidad de Córdoba?

Por AVELINO IGN. GÓMEZ FERREYRA, S. I. — San Miguel.

No vamos a pretender en estas líneas demostrar que el fundador de la primera Universidad argentina ha sido un Prelado colombiano, con lo cual tranquilizamos al benévolo lector. Pero como el inesperado método de raciocinio empleado no ha mucho por el autor de un artículo aparecido en una antigua y prestigiosa revista de Buenos Aires¹ nos llevaría necesariamente a deducir aquella consecuencia, del todo nueva para los historiadores americanos, hemos creído conveniente señalar los deslices históricos de dicho artículo, para que vuelva a brillar serenamente la luz de la verdad.

Trátase en él de convertir al ilustre Obispo de Córdoba del Tucumán, Fray Fernando de Trejo y Sanabria, en el creador genial o fundador no sólo de la primitiva Universidad jesuítica de Córdoba — en la que no tuvo intervención alguna, como ya se sabe — sino también de todas las Universidades de las Indias Occidentales y aun de Filipinas que fueron surgiendo en los dominios ultramarinos de España a todo lo largo del siglo XVII. Pero como los argumentos en que se apoya el autor del artículo probarían con mucha mayor fuerza que no el Obispo Trejo, sino el Arzobispo de Bogotá sería el acreedor a tan voluminosa paternidad universitaria, nos apresuramos a poner las cosas en su lugar para evitar, en lo posible, prematuros entusiasmos de gente no bien informada del asunto.

Hace ya tiempo que el tan debatido tema de la fundación de la Universidad jesuítica de Córdoba del Tucumán está perfectamente dilucidado y agotado, aunque esta noticia no haya llegado todavía a algunos, que continúan hablando y escribiendo aún de la «Casa de Trejo» al referirse a aquella².

En 1944 publicó la prestigiosa Editorial Emecé, de Buenos Aires, la 2.^a edición de nuestra obra «En defensa del Obispo Trejo», de la cual dijo el eximio historiador y conocido americanista, R. P. Pedro Leturia, S. I., Decano y Profesor de la Facultad de Historia Eclesiástica en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma: «Tiene razón, que le sobra...», frase que dejaba consagrada nuestra tesis, por venir de quien venía.

¹ Cf. «ESTUDIOS», revista de la Academia Literaria del Plata, Julio-Setiembre 1951 y Abril-Junio 1952, Buenos Aires.

² Ver, p. ej., «La Nación», Buenos Aires, Domingo 22 de Marzo 1953, Sección de Hecogrado, artículo de Jorge A. Mitre.